

Matadero. Bosnia, el fracaso de Occidente	163
Desde las mujeres. Modelos educativos: ¿coeducar/segregar?	165
¿Violencia necesaria? La intervención humanitaria en Derecho Internacional	167
Colección antropológica	169
Redes de solidaridad internacional	170

DAVID RIEFF
Matadero. Bosnia, el fracaso de Occidente

Ediciones El País/ Aguilar,
 Madrid, 1996, 288 páginas.

David Rieff empieza así su libro: “Esta es la historia de una derrota... la derrota del derecho ante la fuerza”. Lo que sigue es un testimonio que expone, con sesgo partisano, la pluralidad de las realidades de la guerra de Bosnia: la colisión entre poderes, el terror, el gangsterismo y los ensimismamientos que, aludiendo a la expresión de Hegel “el tribunal matadero de la historia”, han arrebatado la dignidad del hombre, y no sólo en Bosnia. En *Matadero* Rieff nos alerta inmediatamente de que escribe para “apoyar la causa bosnia...y protestar contra la cruel indiferencia, el superficial pesimismo y la hipocresía que han rodeado la aniquilación de Bosnia”. Enviado allí para preparar un informe sobre los campos de concentración en el norte de Bosnia para una revista norteamericana, Rieff creyó, al principio, que la presencia en Europa de una guerra y de campos de concentración era un anacronismo, y no “presagios del futuro”. A Rieff, cuyos libros anteriores trataban principalmente de la mezcla dinámica de culturas en Miami y Los Angeles, esta guerra europea con eje étnico le pareció chocante y retrógrada desde el comienzo. Pero, al comprender la realidad de la ex-Yugoslavia, se despoja de su inocencia. Decidido a escribir una crónica “incendiaria” sobre la matanza con que se encontró

en Bosnia, Rieff establece el tono de la “causa” en los tres primeros capítulos, hablando en clave incrédula de la realidad distorsionada de las personas y soldados en Banja Luka, Sarajevo y Zagreb, y, especialmente, de los intachables oficiales de la ONU. Su estilo es el del reportero itinerante, investigador e irónico: hechos y entrevistas se hallan yuxtapuestos y reducidos dentro de la acumulación del comentario para servir a su juicio.

Rieff cuenta cómo la guerra en Bosnia se agudizó por la manipulación de mitos, religión, e historia para beneficio político de unos pocos líderes, cuyos nombres ya nos son conocidos. También escribe cómo Occidente aceptó estas manipulaciones e, incluso, ofreció excusas convenientes al tiempo que se lavaba las manos. Entre los capítulos 4 y 6, la práctica de la “limpieza étnica” y el fracaso o la falta de voluntad de Occidente para ponerle fin hallan eco en la España de los años 30 y el genocidio en la Alemania de Hitler. Las víctimas musulmanas, aunque no faltas de responsabilidad por el desencadenamiento y la prolongación de la guerra, cayeron en la presunción de pensar que merecían la intervención occidental. El hecho de que no la hubiera, observa Rieff, endureció su resistencia, pero, a la larga, aplastó su fe en los principios y en la moral de Occidente. Cuando llegamos a los capítulos 7 y 8, se ha concluido que esta falta de intervención no sólo es claramente inmoral, sino que constituye un complot

¿Qué hará Occidente la próxima vez que descubra a otra “Bosnia”?

ignominioso para sacrificar a Bosnia en nombre del futuro bienestar de Europa. Los culpables son predominantemente miembros de la ONU: el Secretario General, Boutros Boutros-Ghali, los generales Mackenzie y Rose de la Fuerza de Protección de la ONU y, también, el Departamento de Operaciones para el Mantenimiento de la Paz. “Se consideraban humanitarios”, escribe. “Se consideraban pacificadores”. “Sólo seguían, como decían ellos, su mandato”. En el contexto nazi se decía órdenes en lugar de mandato, indica el autor. La convergencia de intereses entre estos tres agentes y los serbobosnios se producía, caso tras caso, a expensas de las víctimas musulmanas. Pero nadie en la ONU dimitió por principios, exceptuando a Tadeus Mazowiecki, el informador especial para los derechos humanos, que se fue cuando se hartó. En el capítulo 9, Rieff elogia los esfuerzos de la prensa y de la ayuda externa (las ONGs y la Cruz Roja) quienes, aliadas en un colectivo, quisieron influenciar al mundo a favor de la causa de Bosnia. En particular, Rieff destaca el papel de Jose María Mendiluce en los “milagrosos” y partisanos esfuerzos de ACNUR entre 1992 y 1994 para ayudar a las víctimas de la violencia serbobosnia. Pero dada esta situación sin salida, según Mendiluce, “la posición moralmente imposible de fomentar el objetivo de la ‘limpieza étnica’ para salvar las vidas de la gente” sería el paradójico legado de estos esfuerzos de ACNUR.

En el capítulo 10 y en el epílogo nos encontramos con el choque entre la creencia casi religiosa de los miembros de la ONU en su “causa” imparcial y las circunstancias de 1995: la caída de las “áreas seguras” de Srebrenica y Zepa, la toma de rehenes *peacekeepers*, el orgullo herido de Francia y la actuación tardía de EE.UU. “Comprender no es perdonar”, escribe Rieff. Ni saber de una matanza significa hacer algo para ponerle fin, hubiera podido añadir. Porque los medios de inteligencia no faltaban en Bosnia: abundaban la prensa y la televisión, las organizaciones internacionales y “expertos” de todo tipo. Puede que, tal como Freud escribió en los años 30: “Ya no tenemos estómago para ello”, siendo “ello”, hoy en día, el hecho de combatir el fascismo étnico. Occidente y la ONU perdieron su estómago y su norte moral al haber sido incapaces de escoger entre justicia y paz, concluye Rieff. Su libro es tanto una acusación contra la conducta de las partes beligerantes como contra la de los espectadores que disfrazaron su conocimiento y aceptación con excusas y planes de paz. ¿Qué hará Occidente la próxima vez que descubra a otra “Bosnia”? El autor no es optimista, pero parece que ahora se le han abierto los ojos: imágenes y palabras por sí solas, no constituyen un remedio para la bancarrota moral. Por ser un manual sobre el internacionalismo liberal en Bosnia, *Matadero* constituye una lectura provocativa y reflexiva, especialmente si al lector le atraen las causas.

Paul Fenton

VV.AA.

Desde las mujeres. Modelos educativos:

¿coeducar/segregar?

Pilar Ballarín Domingo (ed.);
Universidad de Granada,
1992, 132 páginas.

Este libro es fruto de las jornadas que se desarrollaron en mayo de 1990, organizadas por el Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad de Granada. El motivo de las jornadas fue la necesidad de promover la investigación pedagógica desde las mujeres, revirtiendo en una actividad coeducadora con fundamentos teórico-científicos sólidos. El modelo educativo vigente en distintos países obliga a un análisis que intenta responder a la pregunta: "coeducar/segregar, ¿es ésta una disyuntiva?", precisando el concepto coeducar, que no significa sólo escuela mixta. Son autores/as de los diferentes capítulos, Madelaine Arnot, del Reino Unido; Anne-Mette Kruse, de Dinamarca; Emilia Barrio Rodríguez, M^a Angeles Cantero, Rafael Martín, Isabel de Haro y Pilar Ballarín, españoles. En España, la evolución de la teoría y la práctica de la coeducación comenzó su nuevo enfoque con la transición democrática, en 1977. En este período hubo que enfrentarse a los escollos del franquismo que pesaban sobre la educación: la iglesia católica y la sección femenina de Falange, asentados en los estereotipos sexuales que crearon un particular modelo educativo. Alrededor de los 80 surgirían los grupos de acción específicos de coeducación, provenientes, en un principio, de grupos de mujeres

que trabajaban en renovación pedagógica y de grupos feministas. Desde la educación urgía cuestionarse el modelo educativo establecido y plantearse un objetivo: el proyecto de seres humanos que se quería formar. En Madrid, en una mesa redonda sobre mujer y educación, el colectivo feminista señalaba el peligro de la educación mixta que no incluía la coeducación. Por ello era necesario crear otro modelo de escuela con nuevos objetivos. La ideología que inspiraba a todos los grupos era antipatriarcal y se pensaba que desde la escuela se podía modificar, en alguna medida, esa mentalidad, aunque no cambiar radicalmente normas, conductas, escalas de valores y sentimientos. Se pensó que una tarea de toda la comunidad sería lograr una educación no sexista, es decir, no dejar ésta sólo en manos del profesorado, que estaba limitado por una escuela que era reproducción de la sociedad de la época.

La base de la coeducación parte de un concepto: modificar de forma radical las relaciones interpersonales, tratando de cambiar un sistema educativo que sitúa a las niñas y a las mujeres en inferioridad de condiciones. Para eso era fundamental demandar un marco pedagógico de una escuela activa y comunicativa con el fin de conseguir acciones más amplias y de mayor incidencia en las mentalidades, no como materia a impartir, sino como una opción de vida.

Hay una búsqueda de técnicas, métodos de trabajo y de organización para llevar a cabo una labor de compensación respecto a los roles que ya se han inculcado en la familia y en la sociedad. Se ve necesario crear un ambiente que favorezca la

La educación no sexista pasa por una revisión de los textos escolares como instrumento pedagógico.

expresión de las vivencias del medio familiar y social, para poder alcanzar una toma de posturas alternativas, que sean transformadoras de ese medio. Todo ello de una forma lúdica, pacífica, para que niñas y niños se sientan protagonistas y dueños del espacio. Esto no es fácil ya que la organización escolar sigue supeditada a una división de papeles y sería necesario el acceso de las mujeres a cargos de responsabilidad e implicar a padres y madres de forma más real en la escuela.

La educación no sexista pasa por una revisión de los textos escolares como instrumento pedagógico. Hay una seria preocupación por la influencia que ejercen los libros infantiles y los textos escolares en el desarrollo de las actitudes y comportamientos sexistas entre la infancia y la juventud. Este grave problema llevó a la UNESCO, en 1981, a iniciar un estudio, a nivel nacional, sobre la imagen del hombre y de la mujer que ofrecían los libros para niños (tanto literarios como manuales de estudio). En todas las investigaciones llevadas a cabo en distintos países del mundo se constató la fuerte tendencia sexista. La revisión de los libros de texto y manuales escolares se hizo prioritaria para dotar a las nuevas generaciones de esquemas respetuosos e igualitarios. Una alternativa propuesta por el seminario de Granada es rechazar el libro de texto como instrumento básico en las aulas.

En el Reino Unido se establecieron las escuelas mixtas entre los años 60 y 70, diseñadas para chicos y chicas de diferentes clases sociales y grupos étnicos. Hacia 1975, el 87% de estas *comprehensive schools* eran coeducativas. Hoy quedan muy

pocas escuelas públicas unisexuales y la mayoría de las privadas han comenzado a convertirse en mixtas. Las *comprehensive schools* fueron evolucionando también en las desigualdades sexuales. En los 70 había grandes diferencias de género, sobre todo en el currículo. Había listas separadas de materias para chicos y para chicas. Las luchas por parte de grupos sociales, fundamentalmente feministas, lograron pequeños avances hacia la igualdad de sexos como el decreto sobre igual salario y el Decreto sobre la discriminación sexual; la Comisión para la igualdad de oportunidades (EOC) y los cursos de formación a los profesores. En Noruega, Dinamarca y Suecia las niñas se encuentran con el problema de los currículos orientados a los niños, mostrando que la dinámica de la enseñanza en el aula está organizada según los cánones tradicionales. En Dinamarca han tenido coeducación durante 40 años, pero han experimentado, sin embargo, situaciones de segregación de sexos. Desarrollaron entonces, de forma experimental en algunas escuelas, proyectos de educación unisexual durante cuatro años, integrándose posteriormente. Una evaluación al finalizar los años de educación segregada dio como resultado, según ellos y ellas, que sentían que su identidad y su autoconfianza eran más fuertes. Se les enseñó a reivindicar, de forma que cuando regresaron a la coeducación, las alumnas reclamaron abiertamente un mayor espacio y ellos mostraron más respeto que antes hacia las compañeras. Cuando el tema lo requiere, algunas veces los chicos y las chicas se separan en dos clases. La enseñanza segregada no

es una meta, sino un medio para ayudar a los alumnos y a las alumnas a que entiendan sus roles sexuales como construcciones sociales que pueden ser transformadas.

En España, el Seminario de Coeducación del Movimiento Cooperativo Escuela Popular de Granada, creado en 1983, tiene como objetivo la igualdad real de niñas y niños, de hombres y mujeres, conscientes del obstáculo social que existe aún hoy, con dos sistemas de valores distintos, con unos patrones culturales donde sigue diferenciándose el papel social de los dos sexos. Esta diferenciación impide desarrollar a niños y niñas un conjunto de posibilidades que, originalmente, no son exclusivas de ningún sexo. Son “mal vistas” cuando se desarrollan actitudes consideradas femeninas por parte de los varones, o masculinas por parte de las chicas. Habrá que lograr una escuela de diversidad y de riqueza, en la que cada niña no tenga que comportarse y actuar como las otras niñas, ni cada niño igual que los otros niños, sino que la individualidad de cada uno y de cada una se desarrolle plenamente. Este seminario enumera las transformaciones necesarias para que la igualdad sea posible, las características que deben tener las escuelas si se quiere conseguir una verdadera coeducación, y el perfil de la persona enseñante. En la última parte del libro, Pilar Ballarín hace un análisis y una reflexión sobre las mujeres en la universidad española y en otros países europeos. Este libro retoma un tema ya conocido y tratado, pero aún sin resolver. Es un buen material para motivar la reflexión y toma de conciencia del problema, tanto por parte de las mujeres como de los hombres. ¿Coeducación o

educación unisexual? La familia, la actividad laboral, la sociedad, son mixtas. La escuela debería serlo. Pero está en manos de los expertos llegar al modelo ideal, aunque para ello necesitarán contar con el apoyo institucional y social. Tarea nada fácil.

Elsa Velasco

CONSUELO RAMON CHORNET

**Violencia necesaria? La
intervención humanitaria
en Derecho Internacional.**
Editorial Trotta, Madrid,
1995, 117 páginas.

Entre octubre y noviembre de 1996 más de un millón de refugiados hutus ruandeses y burundeses siguen sin ayuda en Zaire oriental. Fracasa la política de prevención y también comprobamos como fatal y fácilmente esta crisis de la región de los Grandes Lagos podría acabar en un nuevo genocidio. Se desconfía de la viabilidad del establecimiento de corredores de emergencia o la intervención, ni la comunidad internacional o el Consejo de Seguridad de la ONU terminan por decidirse. La ayuda o asistencia humanitaria no es más que un remedio provisional para –casi siempre– un elevado número de desplazados, refugiados o sitiados. La intervención humanitaria o intervención de humanidad, además, se rige por los intereses geopolíticos o económicos de las potencias en el mundo. Y estas intervenciones son finalmente impulsadas por la influencia de

Mientras no funcione una política de prevención, la comunidad internacional está destinada a debatir si intervenir o no en los conflictos.

los medios de comunicación. Pese a todo, es preciso obrar consecuentemente y plantearse una intervención de carácter humanitario en algunos casos. Seguramente se encontrarán todos los requisitos jurídicos para la justificación de la intervención humanitaria y también todas las dudas sobre ella. Pero mientras no funcione una política de prevención, la comunidad internacional está destinada a debatir si intervenir o no en los conflictos.

Al margen de los riesgos permanentes de la “hegemonía de la política” –o, más claramente, de los intereses estratégicos, como menciona Consuelo Ramón en *¿Violencia necesaria?*– y al margen también “del peligro de que la igualdad soberana de los estados se convierta en algo vacío, o dar el papel de policía a algún Estado más fuerte potenciando el riesgo de escalada del conflicto”, el mismo viejo debate arde más que nunca. Y, como recoge la autora, según Remiro Brotons, “el uso de la fuerza para replicar a los usos de la fuerza que no se concretan en un ataque armado y que la sociedad internacional organizada es incapaz de detener y reprimir no se puede prohibir por el derecho”. “No poner la otra mejilla difícilmente ha de ser considerado antijurídico”, se añade.

El libro trata ampliamente el tema de la intervención humanitaria desde el punto de vista del Derecho Internacional. La literatura existente en España al respecto es más bien limitada, tanto por su escasez como por su lejanía de público no especialista. Así, Ramón Chornet aporta una obra de consulta de gran valor al tener, entre otras, la característica de manual clarificador del término. Un aspecto importante del libro es la amplia y exhaustiva

bibliografía con la que está documentado, desde la evolución histórica y doctrinal hasta la situación actual, consecuencias, perspectivas y futuro de la intervención humanitaria. Con ella, la autora logra una base sólida que utiliza para trazar una trayectoria donde combina las más importantes teorías al respecto y su propia valoración. El libro hace un amplio recorrido desde la tesis de Francisco de Vitoria sobre la polémica de la justificación de la intervención española en tierras americanas y la consideración de Horacio Grocio como precursor del reconocimiento de uno de los principios claves del Derecho Internacional moderno, el de no-intervención vinculado al concepto de soberanía estatal, hasta la aportación de Kant sobre el derecho de autonomía (o de autodeterminación). Le sigue la búsqueda de un concepto de intervención humanitaria, sus distintas manifestaciones y su crítica.

El último capítulo muestra la situación actual y las perspectivas, con especial atención a algunos supuestos recientes, así como la práctica internacional y el problema del doble rasero. El estudio de los casos actuales se acompaña y fundamenta de esclarecedores datos jurídicos, desde el punto de partida de la intervención: la Resolución 688/1991 por la intervención de las fuerzas de la ONU contra Irak, hasta Yugoslavia, Somalia, Palestina y Ruanda. En suma, un libro para profundizar en el concepto de intervención humanitaria y adquirir fundamentos jurídicos esenciales para la reflexión acerca de la realidad de la intervención.

Carolina Ortiz
CIP

BLAS M. ALBERTI
FELIX G. SCHUSTER
Colección antropológica.
 Editorial Tekné, 1995
 Buenos Aires, 155 páginas.

En este breve pero muy interesante libro, sus autores, profesores respectivamente de Antropología y Filosofía en la Universidad de Buenos Aires, analizan el “apresurado epílogo” de la experiencia política soviética a la luz del pensamiento marxista y desde una perspectiva crítica y teórica. Para el profesor Alberti, el fracaso del socialismo realmente existente, que tantas expectativas había despertado en amplios sectores de la humanidad, pone en cuestión todo el edificio del Occidente moderno. Con este punto de partida, la desintegración soviética y la caída del socialismo real constituyen el principal argumento de un discurso que alerta sobre los peligros de aplicación de las perspectivas eurocéntricas a culturas extraeuropeas y dotadas de tradiciones consolidadas, material y espiritualmente diferentes. Desde el punto de vista teórico, inician su reflexión delimitando los perfiles de los dos ejes (el dogmatismo y el problema de la teoría y la práctica) sobre los que pasan a referenciar algunos conceptos clave del pensamiento marxista y, muy especialmente, el de la evolución histórica, el del sujeto de la historia, la noción de lo social, o la especificidad de lo político. En el progresivo distanciamiento entre la teoría y la realidad radica la progresiva canonización del marxismo, cuya expresión más acabada, afirman, es la ortodoxia. En ese orden de ideas, al tiempo que reivindican el valor del marxismo y una nueva

lectura de Marx, contextualizan los antecedentes de la Revolución de Octubre en la polémica que en su tiempo enfrentó a los marxistas en relación a Rusia, con especial detenimiento en las diferencias de criterio sostenidas por Engels y Marx, particularmente en lo que se refiere a la concepción del determinismo histórico y la posibilidad misma de la revolución.

Esta es objeto de análisis en el capítulo II (La Revolución Rusa, condiciones teóricas, históricas y políticas). En él se efectúa una descripción de los principales contornos de la Rusia de principios de siglo, de sus características más sobresalientes, con especial atención a su dimensión y tradición expansionista. Concisa y claramente, se presentan las diferencias y relaciones entre populistas y bolcheviques, la convicción acerca de la inevitabilidad del socialismo, o como las condiciones particulares del cambio revolucionario en Rusia determinaron una visión monista de la historia y de la sociedad que afectó a la polémica socialista a escala mundial. A través del seguimiento de los enfrentamientos teóricos y políticos, los autores se detienen en el concepto leninista de partido, que catalogan como una elaboración intelectualista al margen del espontaneísmo del movimiento obrero.

Al analizar en el tercer capítulo la toma del poder por los bolcheviques ponen el acento en la soledad de Lenin frente al partido fruto de la concreción de aquella dicotomía inicial: de la clara apuesta por la realidad dejando de lado la teoría frente a quienes se niegan a observarla sin prismas interpretativos por cuanto aquella no encaja en su marco

teórico y era imprescindible forzarla a toda costa. La toma del poder en Rusia tendría por objeto, entonces, acelerar el proceso de madurez revolucionaria que llegaría con toda su fuerza al Occidente europeo moderno e industrial. Pero la realidad, bien distinta, comunicaba lo contrario al constatar que las convulsiones de aquel principio de siglo se producían en países atrasados o semif feudales donde el capitalismo era apenas apreciable y sinónimo de poder extranjero. En este contexto los autores destacan también la profunda desconsideración de la propia historia, cuyo registro no entraba en el código marxista racionalista de la época.

Los dos últimos capítulos, referidos al tratamiento del problema nacional, no decepcionarán al lector. Se describe con precisión y coherencia el inevitable proceso de rusificación de los bolcheviques; la sustitución del principio de autodeterminación por el de unidad; el adiós a lo federativo y la bienvenida a la unión; la contraposición de la centralización y la autonomía; la mínima duración de aquel período tantas veces ensalzado de asunción benevolente y generosa de los problemas de las nacionalidades en los primeros años del bolchevismo. Más allá de la difícil coyuntura de la guerra civil, la concepción democrática del problema racional cedió posiciones muy pronto a la progresiva subordinación a los confusos intereses del socialismo y del proletariado (“el socialismo sobrepasa la nacionalidad”). La rusificación, dicen los autores, se realizó con una gran intransigencia doctrinaria, partiendo de una superioridad cultural respecto a los pueblos

atrasados, ciertamente no esperada. La mentalidad burocrática y gran rusa comenzaron a fundirse a medida que los factores de rusificación (ejército, sindicato, partido) se consolidaban en el escenario político. Y es que, otra vez, teóricamente, los problemas de coexistencia intercultural deberían quedar resueltos por la homogeneización que inevitablemente habría de imponer la inercia simplificadora tanto en el capitalismo como en el socialismo. Y nada más lejos de la realidad.

Es este, pues, un libro poco común y ciertamente atrevido que aborda desde una perspectiva original uno de los fenómenos más transcendentales del presente siglo. Lo hace además teóricamente, teniendo en cuenta los hechos pero alejado de ellos, y desde la loable distancia que impone una visión no estrictamente europea.

Xulio Ríos
IGADI (Vigo)

RAFAEL DIAZ SALAZAR
Redes de solidaridad
internacional
HOAC, Madrid, 1996.

Las movilizaciones promovidas por la Plataforma en favor del 0,7% del PIB para ayuda al desarrollo han dado un gran impulso al movimiento de solidaridad con los pueblos del Sur, y han tenido un fuerte impacto en la sociedad española. La Plataforma 0,7%, un

heterogéneo colectivo surgido en parte de grupos de la Iglesia de base, inició en 1993 una campaña para sensibilizar a la opinión pública y lograr que el Gobierno cumpliera el compromiso, varias veces pospuesto, de aumentar la ayuda para el desarrollo hasta el nivel recomendado por Naciones Unidas. Las huelgas de hambre protagonizadas por los líderes de la comisión tuvieron un gran impacto social y arraizaron una fuerte corriente de solidaridad. La campaña prosiguió con acampadas en todo el Estado que movilizaron a miles de jóvenes. La Plataforma logró transmitir a la sociedad española un mensaje sencillo pero eficaz: la situación de los pueblos del Sur es insostenible desde el punto de vista humano, e injustificable desde una perspectiva ética o moral. La obligación de ayudar con el 0,7% “y más” es ineludible y, además, urgente. Si los dramáticos datos de desnutrición, enfermedad y miseria manejados por la Plataforma no hubieran sido suficientes para avalar esta reivindicación, las imágenes procedentes de Ruanda contribuyeron decisivamente a darle legitimidad. La adhesión de la práctica totalidad de los partidos políticos a las reivindicaciones de la Plataforma, las concesiones del Gobierno, y la generosa respuesta de los ciudadanos a las peticiones de fondos de las ONG implicadas en la ayuda humanitaria a Ruanda, mostraron cuán hondo había calado el mensaje y la reivindicación de la Plataforma en la sociedad española. La sencillez de sus reivindicaciones ocultaba, sin embargo, una gran debilidad en el análisis y en la capacidad de formular propuestas sobre qué hacer con la ayuda cuyo aumento

se exigía. Para aquellos que conocían la composición y la estructura de la ayuda española —con preeminencia de los créditos FAD, dominados por intereses comerciales ajenos a objetivos de desarrollo, y con grandes problemas de gestión—, aumentar la ayuda sin atender a su composición sería un despropósito. Aunque la Plataforma abordó pronto el problema de la calidad de la ayuda, sus propuestas en este sentido —baste recordar el “Plan Anual de Cooperación (PACI) alternativo” de 1994— mostraban claramente estas debilidades. En descargo de la Plataforma cabe señalar que tampoco podría esperarse otra cosa de un movimiento social surgido desde la base, ajeno a las ONGD y a los expertos, caracterizado por la espontaneidad y la ausencia de estructuras jerárquicas. El libro de Rafael Díaz Salazar es una aportación importante para superar estas debilidades. Como destaca el autor, es un libro comprometido con la causa de la solidaridad y que ha madurado al calor de las movilizaciones del 0,7%. Pero su principal objetivo es contribuir a un mejor conocimiento de los problemas de la pobreza y la desigualdad internacionales, de las estructuras que les dan origen, y de la ayuda al desarrollo como mecanismo para superar o, las más de las veces, reproducir estas situaciones. Pero lo más destacado de la obra de Díaz Salazar es, quizás, su capacidad de formular propuestas de acción, respondiendo a algunas de las preguntas clave que se han formulado los integrantes del movimiento en favor del 0,7% y otros muchos ciudadanos y ciudadanas: ¿qué se puede hacer para combatir la pobreza y reducir

En la sociedad española predomina una cultura de la insolidaridad en la que intervienen muchos factores.

la desigualdad mundial? ¿Cómo se puede practicar la solidaridad desde la vida cotidiana, desde la participación en una organización o desde el ámbito político?

¿Cómo mejorar la calidad de la ayuda y lograr que se dirija a satisfacer las necesidades de los más pobres?

Díaz Salazar formula propuestas concretas sobre las distintas dimensiones de la ayuda y los actores que intervienen en ella. Es un libro dinámico, abierto a la discusión y escrito en un lenguaje sencillo y asequible. Destaca su carácter eminentemente propositivo a partir de un marco de análisis que abarca las políticas de ayuda llevadas a cabo por los gobiernos y los organismos multilaterales, el papel de las organizaciones no gubernamentales (ONGs) y la sociedad civil. El libro plantea propuestas de acción, luchando contra “la cultura de la impotencia”. Se exponen numerosas formas de practicar la solidaridad internacional desde la perspectiva política, desde posiciones que el autor engloba bajo la denominación de “internacionalismo solidario”. Según él, en la sociedad española predomina una cultura de la insolidaridad en la que intervienen muchos factores: aspiraciones vitales, objetivos, intereses, motivaciones, actitudes y situaciones económicas y políticas. Varios estudios sociológicos muestran la ausencia en los españoles de una mentalidad y una sensibilidad universalista o internacionalista, y la autoidentificación con referentes fundamentalmente locales y nacionales. Frente a esta situación sería necesario promover una “contracultura de la solidaridad”, definida como una nueva cultura de la acción y la

participación que se apoyara en el conocido lema de los Verdes alemanes: “pensar globalmente, actuar localmente”.

El libro contiene un análisis crítico de la Ayuda Oficial al Desarrollo internacional, así como de la práctica española. Díaz Salazar examina su volumen y distribución, sus deficiencias, y plantea diversas vías de reorientación y reforma de la misma. Se constata una tendencia generalizada a la reducción del volumen de la ayuda —“la fatiga de la ayuda”— a la que no son ajenas las políticas de austeridad de los países donantes y, sobre todo, la crisis de racionalidad y objetivos de la ayuda en el mundo de la posguerra fría. La ayuda, por otra parte, no se dirige a los más necesitados, sino que se priorizan objetivos comerciales y políticos. Díaz Salazar se identifica con el “pacto 20:20” propuesto por Naciones Unidas en la Cumbre de Desarrollo Social de Copenhague como una de las vías posibles para la reestructuración de la ayuda. Según esta propuesta, los países donantes deberían destinar el 20% de la misma a “gastos de prioridad humana”, y los países del Sur un 20% de su presupuesto estatal a gastos sociales. Esta y otras propuestas exigen dar mayor peso a los instrumentos multilaterales y una coordinación eficaz de las políticas estatales de Ayuda Oficial al Desarrollo, centradas en grandes objetivos mundiales de reducción de la pobreza.

La mejora de la calidad de la ayuda contribuiría a reducir la pobreza, pero su erradicación sólo sería posible si se redefinen las estructuras y las políticas económicas y financieras globales. La deuda externa y la persistencia de barreras al comercio siguen siendo los

obstáculos más importantes para el desarrollo económico y social de los países del Sur, y generan una ingente transferencia de recursos económicos del Sur al Norte que la ayuda apenas puede compensar. La condonación o una reducción significativa de la deuda es, en este sentido, una forma de ayuda al desarrollo tan importante o más como las transferencias de Norte a Sur. Otras propuestas que se plantean son la necesidad de una reorientación de las políticas del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional; la creación progresiva de una fiscalidad mundial a partir de la aplicación de un impuesto sobre las transacciones monetarias —la “Tobin Tax” o una variante de la misma— que podría utilizarse para financiar el desarrollo; el establecimiento de una nueva organización de comercio internacional o la creación de un fondo mundial de desmilitarización, capaz de orientar a fines de desarrollo el denominado “dividendo de la paz”.

El análisis sobre la ayuda española es de particular relevancia. Díaz Salazar muestra como ésta se encuentra marcada por los intereses comerciales y de política exterior. Por otra parte, carece de autonomía, especificidad y entidad propia. Se observan importantes déficits de gestión en la ayuda, debido a que está diseminada en nueve ministerios, en ayuntamientos y en comunidades autónomas, y que no existen criterios comunes de actuación.

Como se ha señalado, el interés de este libro radica, en gran medida, en sus propuestas, y en el hecho de que éstas van más allá de las estructuras políticas y económicas, nacionales o

globales. La solidaridad también puede practicarse en la vida cotidiana, participando en una organización o en un movimiento social. A modo de “torbellino de ideas” se exploran cauces concretos de solidaridad accesibles al ciudadano medio. Campañas de acción sobre temas como la venta de armas a los países del Sur, las multinacionales, la exportación de desechos tóxicos, la ayuda alimentaria, la violación de derechos humanos o el trabajo infantil, dice el autor, pueden ser tan importantes como la reivindicación del 0,7% en términos de desarrollo. No menos importante sería llevar a cabo programas de educación para el desarrollo que favorezcan un mayor conocimiento de la realidad del Sur, y que promuevan actitudes y habilidades relacionadas con la solidaridad. También se sugieren acciones individuales como destinar el 0,7% de la renta personal para proyectos de desarrollo, hacer objeción fiscal, o apoyar la redes de comercio justo.

En este libro se encuentra, en suma, el fundamento de una renovada racionalidad de la ayuda, basada tanto en el análisis como en profundas convicciones éticas y morales. El objetivo de la cooperación internacional, tal y como indica el título del libro, debería ser la formación de redes de solidaridad internacional abiertas a la participación social, tanto en el Norte como en el Sur, que contribuyan a derribar el muro de injusticia que nos separa. Estas redes no sólo contribuirán a reducir y eliminar la injusticia planetaria. Cooperando con el Sur, nos recuerda el autor, el Norte se ayuda a sí mismo y se abre a la cooperación de los pueblos del Sur:

«Las sociedades del Norte sólo podrán curarse de su alienación con la riqueza y abrirse a horizontes de nueva humanidad si rompen con la perspectiva propia de una minoría encerrada y envilecida en un confort que da la espalda a las mayorías empobrecidas (...) el Norte sólo podrá reconciliarse consigo mismo, si se abre solidariamente a los empobrecidos del Sur y derriba todos los muros y puertas que le separan de éstos».

Manuela Mesa
CIP